

san Josemaría, en Madrid. Además, los numerosos fieles y amigos de la Prelatura que viven en Madrid podrán colaborar gustosamente en la acogida de los participantes de otras procedencias. Aunque en algunos medios se ha difundido esta noticia, debo precisar que sólo ahora se ha tenido conocimiento de la aprobación recibida desde la Santa Sede.

4. *¿Y las personas que viven en Roma o en Italia?*

Por decirlo de algún modo, Roma es la ciudad de don Álvaro: donde vivió la mayor parte de su vida (de 1946 a 1994) y donde ejerció su labor como pastor de la Prelatura del Opus Dei.

De hecho, se está estudiando con las autoridades competentes que, durante los días posteriores a la beatificación, el cuerpo de don Álvaro –que reposa en la cripta de la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, en Roma– sea trasladado temporalmente a la basílica de San Eugenio, para que quienes lo deseen, es de prever que será un consistente número, puedan rezar ante los restos mortales del nuevo beato. También se está organizando que el miércoles siguiente a la beatificación, muchos fieles encuentren la ocasión de participar en la audiencia de los miércoles del Papa Francisco, para manifestar de este modo su unión al Romano Pontífice y su gratitud filial por la beatificación.

5. *¿Cuál es el significado de la colecta que han anunciado en favor de varias iniciativas sociales en África?*

En el momento mismo de recibir la noticia de la futura beatificación, me vino a la cabeza el deseo de que también fuese una ocasión para ayudar a personas necesitadas. En concreto, pedir a cada participante un pequeño sacrificio, para ofrecer una donación en favor de cuatro proyectos de servicios sociales en el continente africano, surgidos por inspiración e impulso directo de Mons. del Portillo. Se solicitó a Harambee –una ONG que nació precisamente con motivo de la canonización de san Josemaría– que coordinara este esfuerzo. Estoy seguro de que, desde el Cielo, don Álvaro mirará con alegría este “regalo”, que busca la puesta en marcha o consolidación de instituciones africanas de formación humana y de erradicación de la pobreza.

“Abundancia de luz”, O Estado de São Paulo, Brasil (5-III-2014)

«Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?». Con estas palabras de *Evangelii gaudium* (n. 8), el Papa Francisco evoca nuestra divinización, esa elevación que se nos concede como don de Dios. En Cristo descubrimos quién es la

persona humana y la grandeza de su vocación (cf. *Gaudium et spes*, n. 22). Del encuentro con Jesús nace el deseo de compartir esa alegría con los demás (cf. EG n. 3). Francisco nos invita a «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (EG n. 20). En efecto, inquieta que «tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo» (EG n. 49). Esta me parece que puede considerarse como una de las grandes enseñanzas de la Exhortación apostólica para la Iglesia contemporánea.

La “salida” a la que nos invita el Papa, expresa lo que se ha denominado tradicionalmente en la Iglesia con los términos “apostolado” y “evangelización”: labor que se caracteriza, entre otras cosas, por un absoluto respeto de la libertad, y se aleja de la acepción negativa –que ha tomado principalmente en el siglo XX– el vocablo “proselitismo”. Lo señala el Papa en el n. 14 al afirmar que «la Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”». En la enseñanza de Cristo hay una evidente exclusión de cualquier actitud que no respete la libertad de los demás e ignore la dignidad de la persona. Dios quiere ser amado de verdad, lo que presupone una elección libre. Toda vocación es una historia de amor y un encuentro de dos libertades: la llamada de Dios y la respuesta del hombre.

Cualquier tipo de coacción, física o moral, es incompatible con la dignidad humana y el mensaje del Evangelio. El cardenal

Bergoglio siempre alertó sobre aquellas sectas que, con dinero, con promesas materiales, con medios turbios, buscan enrolar a personas que quizá se encuentran en situación de miseria: aprovechan quizá una sed de Dios que nosotros, los cristianos, no siempre hemos sabido percibir.

La clave que define una actitud auténticamente cristiana está en el Amor. El Papa Francisco emplea palabras y tiene gestos evangélicos que lo manifiestan: “invito” (EG nn. 3, 18, 33, 108), “insisto” (EG n. 3); habla del “corazón rebosante” (EG n. 5) y anima a entrar “en ese río de alegría” (EG n. 5) que es la comunidad cristiana; empuja a no poner condiciones innecesarias a la recepción del bautismo o del sacramento de la confirmación. Recientemente, en un *Ángelus*, Francisco hacía considerar que Cristo quizá estaba pasando en medio de los que le escuchaban en la plaza de San Pedro.

«Entrar». Jesucristo increpó duramente a los escribas y fariseos: «Ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que quieren entrar» (*Mt* 23,13). Dejar entrar, permitir que se entre, invitar a entrar: esa fuerza que atrae es –decía san Josemaría– “abundancia de luz”, simpatía humana, oración y sacrificio personal, presencia de Cristo en el cristiano: «Amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse» (*Es Cristo que pasa*, n. 43). Este es el sentido del apostolado cristiano, el sentido original del término proselitismo, como tradicionalmente se entendió en

la Iglesia, tomado del hebraísmo. Lacordaire empleaba esta fórmula lapidaria: «Como no hay cristiano sin amor, tampoco hay cristiano sin proselitismo».

El apostolado de persona a persona supone dedicar tiempo al prójimo y no tiene otra fuerza que la de la oración, de la paciencia caritativa, de la comprensión, de la amistad, del amor por la libertad. Supone un salir de sí mismo para preocuparse por los demás y compartir con ellos lo más verdadero, bonito y bello: nuestra vocación cristiana. Una conversación «siempre respetuosa y amable»; el primer momento «es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón» (EG n. 128). El «sígueme» de Cristo, lejos de forzar, respeta la libertad de cada uno. Lo manifiesta de modo tristemente elocuente el diálogo con el joven rico. ¿Y hoy? Francisco señala que cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre» (EG n. 81).

La luz del Evangelio es «una luz que atrae» (EG n. 100) pues es la ley del amor que nos invita a hacer el bien (EG nn. 100-101). Al ver las buenas obras del cristiano, el prójimo está llevado a dar gloria a Dios (cf. *Mt* 5,16): descubrir y alabar el inefable amor de Dios, una luz divina, no senci-

llamente humana. En este sentido, el apostolado –el celo santo por las almas– es dar testimonio de la luz, como dice san Juan (1,7), dar abundancia de luz, sin la más mínima sombra de imposición, con suma delicadeza, pues Dios solo quiere amor y, por esto, actúa con mansedumbre: con vigor y benignidad (cf. *Sab* 8,1). En su Mensaje para la XX Jornada mundial de oración por las vocaciones (2 de febrero de 1983), Juan Pablo II afirmaba: «No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven o menos joven la llamada del Señor. Es un acto de estima y confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia».

«No actuéis por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los demás como superiores, buscando no el propio interés, sino el de los demás» (*Fil* 2, 3-4). Es precisamente ese buscar el bien de los demás lo que lleva a compartir con ellos el amor de Jesucristo, haciendo propios los sentimientos del Señor, proyectados hacia el futuro de la Iglesia, como su Cuerpo en el cual somos todos miembros. Se vence la posible timidez, que podría denotar una falta de fe y de humildad, con la luz de Cristo que transmite cada cristiano.

¿Qué luz? Benedicto XVI concluía su primera encíclica con estas palabras: «El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos

sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo» (*Deus caritas est*, n. 39). En perfecta continuidad, Francisco señala en su primera encíclica que «el movimiento de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu ha recorrido nuestra historia; Cristo nos atrae a sí para salvarnos (cf. *Jn 12, 32*)» (*Lumen fidei*, n. 59).

En las antípodas de un proselitismo malentendido que no respeta la persona, se encuentra un apostolado concebido como atracción, es decir, la propuesta, transparente y respetuosa, de una dedicación generosa –justo a la que se refiere el Papa– que engloba un testimonio plenamente consciente de la libertad y dignidad de la persona, y hace que el corazón del cristiano participe del amor divino y humano de Jesús. Un corazón que no puede contener sus deseos de comunicar la alegría del Evangelio.

✠ Javier Echevarría
Prelado del Opus Dei

“Gracias, Santo Padre”, en el primer aniversario del pontificado del Papa Francisco, agencias (12-III-2014)

El congreso del centenario de Mons. Álvaro del Portillo, que hoy iniciamos, coincide con los ejercicios espirituales del Papa Francisco

y con el primer aniversario de su elección a la sede de Pedro.

Por eso, quiero iniciar los trabajos de estos tres días con la más honda gratitud al Espíritu Santo por su continua asistencia al Pueblo de Dios. Es natural que también cultivemos el deseo de agradecer al Papa Francisco el dinamismo apostólico que está difundiendo y su interés concreto por acercarse a cada persona. Su empuje es un estímulo para que todos los cristianos procuremos llevar el amor y la misericordia de Cristo hasta el último rincón de la tierra. Muchas personas han reconocido en el Papa Francisco al sacerdote auténtico, que reza mucho y que sabe escuchar a quien se encuentra con él. Todo esto es motivo de gran gozo filial y de acción de gracias al Cielo.

Un aspecto central de la predicación de Álvaro del Portillo fue precisamente la fidelidad a la Iglesia y el amor al Papa. Allí donde se trasladaba, Mons. del Portillo pedía que se rezara por las intenciones del Romano Pontífice. Siempre le movía el deseo de llevar «Roma a la periferia» y la «periferia al Papa» según la expresión de san Josemaría (Forja, n. 638).

Siguiendo el ejemplo del venerable Álvaro del Portillo, vivamos estos días en unión de intenciones con su retiro espiritual en Ariccia, como nos pidió el domingo en el Ángelus.

✠ Javier Echevarría
Prelado del Opus Dei